

Comentarios sobre *El culto a la nación. Escritura de la Historia y rituales de la memoria en el Ecuador, 1870-1950**

Remarks about El culto a la nación. Escritura de la Historia y rituales de la memoria en el Ecuador, 1870-1950

Comentários sobre El culto a la nación. Escritura de la Historia y rituales de la memoria en el Ecuador, 1870-1950

Juan Maiguashca

Universidad de York / UASB-E

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i49.734>

INTRODUCCIÓN

Yo vi nacer este libro en 2005. Ese año me invitaron a participar en un coloquio internacional en la Universidad Andina y, en algún momento durante aquella estadía, Guillermo Bustos me conversó sobre el tema de su tesis de doctorado en Historia. Me dijo que le interesaba trabajar en el tema de historiografía ecuatoriana. Pero había algo que le preocupaba: le parecía que era un campo percibido de manera árida por historiadores profesionales no solo en el Ecuador sino también en el resto de la América Latina. Le contesté que no se desanimara, que él podría cambiar estas opiniones haciendo un trabajo de primer orden.

Pasaron los años y un buen día recibí en Toronto un archivo en formato pdf que contenía una copia de una tesis doctoral titulada: “La urdimbre de la Historia Patria. Escritura de la historia, rituales de la memoria y nacionalismo en Ecuador (1870-1950)”. Era la tesis de Guillermo Bustos. La leí con mucho interés y le escribí a vuelta de correo diciéndole que era un trabajo excelente. Le pedí que la publicara sin pérdida de tiempo. Desafortunadamente responsabilidades administrativas y de enseñanza no le han permitido hacerlo hasta ahora.

Últimamente, gracias a la iniciativa del Fondo de Cultura Económica y al apoyo de la Universidad Andina Simón Bolívar, la tesis se ha transformado en libro; un libro elegante y bien impreso. Para comentarlo, lo he leído nuevamente y me place decir por segunda vez que me parece un trabajo excelente.

ANTES Y DESPUÉS

No es solo un trabajo bien hecho. También marca un antes y un después en el campo de la historiografía ecuatoriana. Me explico.

Que yo sepa, solo existen cinco trabajos que se han publicado sobre este tema hasta el presente. El primero, escrito por Isaac J. Barrera, se llamó *Historiografía de Ecuador*, y fue publicado en México en 1956. El segundo, redactado por Adam Szasdi, es un extenso artículo que con el título de “La historiografía de la República del Ecuador” apareció en 1964 en la *Hispanic American Historical Review*. El tercer trabajo pertenece al filósofo argentino Rodolfo Agoglia que, de paso por el Ecuador, hizo una compilación titulada *Historiografía ecuatoriana* publicada en Quito en 1985. El cuarto trabajo también es una compilación, esta vez hecha por el ecuatoriano Jorge Núñez, con el nombre de *Antología de Historia*, que vio la luz en el año 2000. Finalmente, el quinto y último trabajo se llama *Historiografía ecuatoriana: apuntes para una visión general*, escrito por Enrique Ayala e impreso en 2015.

Todas estas obras son valiosas en diversas formas, pero, para utilizar la terminología de Ayala, todas sin excepción son “apuntes” para una futura historiografía ecuatoriana. Con la publicación del profesor Bustos esta situación ha cambiado: vamos más allá de los apuntes y entramos de lleno en un análisis historiográfico complejo y sofisticado. No es una historia completa de la historiografía ecuatoriana, pero cubre uno de sus períodos seminales: los años 1870-1950.

EL APOORTE DEL LIBRO

¿Qué es lo que hace Guillermo Bustos en su trabajo? El subtítulo de la obra nos da la respuesta: *Escritura de la Historia y rituales de la memoria en el Ecuador, 1870-1950*. Es decir, que esta obra es en realidad dos: una que trata de los historiadores del Ecuador y sus esfuerzos por institucionalizar su disciplina y otra que estudia como la historia patria fue percibida, interiorizada y exteriorizada en rituales de la memoria colectiva ecuatoriana en el último tercio del siglo XIX y la primera mitad del XX.

Ahora bien, otros autores latinoamericanos que han escrito sobre la historiografía de sus respectivos países durante este período se han limitado a escribir sobre el primer tema (la institucionalización de la historia) y no sobre el segundo (la memoria colectiva de la historia). Este el caso de Jorge Orlando Melo en Colombia, Cristian Gazmurri en Chile, Manuel Burga en el Perú, Germán Carrera Damas en Venezuela, Fernando Devoto en Argentina, y Guillermo Zermeño en México, para nombrar a los autores más importantes. Que yo sepa, nadie ha realizado hasta ahora lo que Guillermo Bustos se ha atrevido a hacer: juntar la historia de la escritura con la historia de la memoria colectiva.

¿Esto nos lleva a preguntar por qué lo hizo? A primera vista parece que su intención fue contrastar dos temas relacionados pero con lógicas diferentes. En un segundo momento, empero, uno se da cuenta de que el tema de la memoria colectiva sirve en gran parte para explicar la particularidad de la historiografía ecuatoriana.

A diferencia de lo que sucedió en México, Argentina y Chile, donde la escritura de la historia entre 1870 y 1950 se desarrolló al interior de universidades, en nuestro país esta disciplina creció fuera de ellas en manos de autodidactas que trabajaron desde sus espacios particulares. Por esta razón, sin el estímulo y la protección que podía ofrecer una universidad al desarrollo de una historiografía científica, la escritura de la historia y la memoria colectiva se entrelazaron directamente en una variedad de formas que Guillermo Bustos identifica claramente. Una de ellas fue la intromisión del sistema del poder dominante en el Ecuador entre 1870 y 1950 en la investigación histórica, intromisión que llegó a condicionarla. Es así como Bustos explica el desarrollo y dominio de una historiografía hispanista en la primera mitad del siglo XX. Y así es como también el autor explica el prolongado y lentísimo proceso de institucionalización de la historiografía ecuatoriana.

En Argentina, Chile y México, mientras tanto, países donde las universidades pudieron mal o bien controlar la intromisión de los sistemas de poder dominantes, la trayectoria de la escritura de la historia pasó rápidamente de un estadio de institucionalización a uno de profesionalización. Como todos sabemos, este proceso comenzó a darse en el Ecuador con mucha dificultad solo en la segunda mitad del siglo XX y todavía no se ha consolidado.

IMPACTO

El culto a la nación no solo es el fin de un período en el cual dominaron los “apuntes” historiográficos. Es también el comienzo de algo nuevo. En efecto, de ahora en adelante tendremos que dedicarnos a profundizar temas

que este autor ha abierto a la investigación histórica. Uno de ellos es la difícil profesionalización de la historiografía ecuatoriana en los últimos 50 años. Para esta empresa, el libro de Bustos es un punto de partida necesario.

El libro de Guillermo nos invita también a ir hacia atrás, a revisar el camino por él recorrido, pues su autor nos advierte que ha dejado lagunas sin llenar y problemas sin resolver. Terminaré mis comentarios haciendo una breve referencia a uno de ellos.

Cuando nuestro autor analiza los discursos metodológicos de sus historiadores autodidactas, lo hace en forma condescendiente. Nos dice que estos autores practicaron el culto al documento como si esto fuera una falta. También les culpa de utilizarlo en una forma simplista. Esta manera de evaluar el trabajo de los historiadores del siglo XIX, común en la América Latina como también en Europa, ha sido últimamente cuestionada. Desde principios de este siglo Georg Iggers de la Universidad de Buffalo, Andreas Boldt de la Universidad de Irlanda, Pim de Boer de la Universidad de Amsterdam y muchos otros, todos expertos de la historiografía decimonónica occidental, mantienen que los historiadores decimonónicos han sido mal estudiados y mal interpretados. Dan como ejemplo la crítica que se ha hecho a algunas de sus aseveraciones que parecen ser de carácter epistemológico. Expresiones como “los documentos *reflejan una realidad externa*”, o “hay que dejar que los documentos *hablen por su cuenta*” y muchas otras semejantes, no pueden ser tomadas literalmente, ni pueden ser interpretadas anacrónicamente desde el punto de vista de mediados del siglo XX.¹ En efecto, en lugar de considerarlas como aseveraciones epistémicas sobre el mundo social exterior, debe considerárselas como aseveraciones epistémicas cuyo fin era controlar en lo posible lo que Roger Bacon llamó ídolos de la mente del investigador: los ídolos de la tribu (tendencias humanas), los de la cueva (tendencias personales), los del foro (confusiones lingüísticas) e ídolos del teatro (los dogmas académicos). La obsesión con el documento era una manera de dar primacía a las huellas del pasado, la materia prima del historiador. El acceso a él era fundamental.

Ahora bien, creo que algo semejante puede decirse de nuestros historiadores autodidactas. Por un lado, quisieron que los documentos no fuesen contaminados por los ídolos de la mente. Por otro lado, no podían fiarse de los documentos que tenían a la mano. Cuando hoy en día entramos a un archivo en Quito rara vez se nos ocurre preocuparnos por la autenticidad y la veracidad de los documentos que vamos a consultar. Asumimos que los archivistas han hecho ese trabajo de depuración del documento. Federico González Suárez y más tarde José Gabriel Navarro o Julio Tobar Donoso no

1. Pim de Boer, *The Study of History in France, 1818-1914* (Princeton: Princeton University Press, 2014). Énfasis añadido.

podieron darse ese lujo. Sin archivos históricos públicos bien administrados y sin bibliotecas con fuentes secundarias que podían guiarlos en su manejo de los documentos, tenían toda la razón de temer a los “documentos malos” y buscar obsesivamente los “documentos buenos”. El culto que ellos practicaron no fue el culto del documento a secas. Su verdadero culto fue el del “documento bueno”, que es otra cosa. Tuvieron razón cuando creyeron que sin él la historia como disciplina no puede existir.

CONCLUSIÓN

Sea como sea, este es un asunto debatible. Lo que no es debatible es la importancia del libro que estoy comentando. Como dije al principio, *El culto a la nación* marca un antes y un después. Mi deseo ferviente es que el después se llene de trabajos que emulen su gran originalidad y su gran calidad.